

ASPECTOS ETICOS DE LA GLOBALIZACIÓN

Por José M^a Méndez

Constatación del hecho al parecer imparable.

La globalización económica sería, al menos en principio o en teoría, parable. Todos los argumentos, falsos en el fondo pero muy convincentes en la práctica, que han invocado siempre los proteccionistas frente a los librecambistas podrían resurgir en cualquier momento. Contra la evidencia teórica de que la libertad de comercio favorece a todos, siempre cabe oponer el argumento de que, dadas las circunstancias, a nosotros en concreto no nos favorece. Lo que aquí y ahora nos conviene es oponernos a la libertad de comercio. Así puede pensar cualquier colectivo humano en cualquier momento. Ahí están para demostrarlo los irracionales brotes nacionalistas, en el seno mismo de una Europa que camina hacia la unidad política y económica. Y bastaría que el ejemplo cundiese, para que la globalización económica experimentase un serio parón. No hay que descartar en absoluto tal eventualidad. La tentación del proteccionismo y del aislamiento puede resurgir en cualquier lugar y extenderse como una mancha de aceite.

Pero lo más probable es que la globalización se imponga a la larga, incluso aunque haya retrocesos, más o menos extensos e intensos, en el futuro. El hecho de que los países europeos hayan pasado desde un secular enfrentamiento, que llegó a su paroxismo en la Segunda Guerra Mundial, hasta el impresionante éxito de constituir un Mercado Único con una moneda única es un hecho mayor en la Historia Universal. Que eso se haya hecho muy lentamente, con pequeños pasos pero siempre avanzando, sin prisa y sin pausa, es precisamente la mejor explicación del éxito. Lo probable es que en este proceso de unificación europea ya no haya marcha atrás, y que el ejemplo incite a otros grupos de países a hacer lo mismo. Lo previsible es que la verborrea liberal acabe arrastrando a toda la humanidad, no por lo que tiene de verborrea, que tiene mucho, sino por la verdad económica que se esconde bajo esa propaganda, por la sencilla razón de que la doctrina liberal es la correcta, aunque la mayoría de sus mismos voceros ignoren las razones profundas por las cuales la razón está de su parte. Y por otro lado no deja de ser contradictorio que los furibundos enemigos de la globalización, que protestaron en las cumbres de la UE durante la presidencia española, llevasen en sus bolsillos los recién estrenados euros, en vez de las viejas pesetas, como sería de esperar, pues ¿qué es el paso de la peseta al euro sino globalización?

Mundo de la naturaleza causal y mundo de la libertad y los valores.

Antes de abordar los aspectos éticos de nuestro tema, es imprescindible recordar la absolutamente necesaria distinción entre estos dos mundos.

En un lenguaje que todos conocemos, decimos que el hombre se compone de *alma* y *cuerpo*. Por nuestro cuerpo estamos inmersos en lo que llamaremos *mundo de la naturaleza causal*. Los átomos y moléculas de nuestro cuerpo obedecen a las mismas leyes físicas y químicas que rigen en el resto del universo, incluso en las más remotas galaxias. Y nuestras células, nuestros genes y el código que contiene la información que desarrollará tanto la vida del individuo humano como la herencia y la vida de nuestra especie, también todo eso obedece a las mismas leyes que rigen la vida de la más pequeña bacteria y del enorme elefante. Incluso el complejísimo mundo interior de nuestras emociones, deseos y sentimientos, todo aquello que solemos caracterizar con el adjetivo *psicológico*, también todo eso cae dentro de la *naturaleza causal*. En resumen, sólo ese minúsculo ápice que no ocupa espacio y que denominamos *espíritu*, aunque con sus múltiples y sorprendentes actividades, es lo único que está fuera de la naturaleza causal.

El adjetivo *causal* denota el hecho de que el mundo del que ahora hablamos está regido por un férreo determinismo, en el cual las mismas causas producen siempre los mismos efectos. O en el comportamiento de los animales, los mismos estímulos provocan siempre las mismas reacciones. Es un resabio del trasnochado idealismo de Berkeley y Kant postular en la naturaleza causal bolsas de indeterminismo, vacíos de incertidumbre, caos, azar, casualidad o palabras parecidas. El físico que en la pantalla de su ordenador escribe *las probabilidades cuánticas no son una limitación de nuestro conocimiento, sino un hecho intrínseco al mundo microscópico*, por citar a Feynman, parece no caer en la cuenta de que, cuando pulsa la tecla P, mínimamente espera que alguna extraña probabilidad cuántica dentro de su ordenador, lleno de fenómenos microscópicos, le sorprenda con otra letra distinta. Con lo que hace al pulsar el teclado está afirmando su convencimiento de que dentro de su ordenador en absoluto existe vacío alguno de indeterminación.

Pasemos ahora al mundo del espíritu, al *mundo de la libertad y los valores*. La palabra *libertad* indica que ya no rige el férreo determinismo de la naturaleza, sino todo lo contrario. Lo nuevo y característico de este mundo superior es la independencia del espíritu frente al determinismo propio de la naturaleza. Ciertamente los flujos causales afectan al hombre por medio del cuerpo, incluida la psique. No sólo se trata de lo físico-químico y lo fisiológico: salud, herencia genética, carácter, temperamento, clima, alimentación, etc. También el entorno social, la educación recibida, la opinión ajena y aún más la pública, todo eso presiona fuertemente sobre nuestros sentimientos y empuja a nuestra psique.

Pero por muy poderosamente que todos esos impulsos inerciales -ya sean físico-químicos, fisiológicos, psicológicos o sociales- empujen de modo convergente a tomar la decisión A, la libertad, que nos constituye en personas, siempre tendrá la última palabra; siempre puede decidir *no A*.

Aquí la palabra *puede* es crucial. Da igual lo que se haga de hecho. Lo esencial es que siempre se *pudo* haber hecho lo contrario de lo que se hizo. La libertad *en sentido positivo*, o sea, como independencia del espíritu frente al cuerpo y su psique, hace a la persona única responsable de sus actos, sin que pueda traspasar esa responsabilidad a los impulsos inerciales que la empujan desde la naturaleza causal, por variados, potentes y convergentes que sean. Negar esto es despojar al hombre de su más íntima dignidad, humillarle con el peor de los insultos, arrebatarle aquello que le constituye en persona y dueño de su propio destino, da igual ahora si para su dicha o su desgracia.

Veamos dónde está exactamente la frontera entre el mundo de la naturaleza causal y el mundo de la libertad y los valores. La pregunta clave es: ¿cuál es la puerta de acceso al lenguaje? Pues justo en el lenguaje aparece con toda nitidez la libertad en sentido positivo, como independencia frente a la naturaleza causal.

Un perrito faldero ladrará siempre triste cuando sus amos le dejan en casa. Y siempre alegre cuando vuelven. Por tanto no posee un lenguaje, aunque sus ladridos sean considerados como símbolos de la realidad, y de hecho transmitan información a quien los oye. El perrito carece del primero de los operadores lógicos y no puede manipular esos ladridos. No puede ladrar alegre cuando le dejan solo en casa, ni triste cuando vuelven sus amos. Responderá siempre de la misma manera a los mismos estímulos. Está completamente inmerso en el mundo determinista de la naturaleza causal. No es libre en sentido positivo, no puede usar el negador lógico. Y por lo mismo tampoco usa el afirmador lógico cuando ladra como ladra. Su ladrido es el efecto obligado e invariable de las causas que determinan sus reacciones.

En nuestro lenguaje ordinario omitimos el afirmador *sí* en la frase *esto es un vaso*. En cambio explicitamos el negador *no* en la frase *esto no es un vaso*. Para ser rigurosos, sólo faltaría separar lo material de lo formal así: (*esto es un vaso*) *no*. Pero no hay ni puede haber frase alguna con sentido sin la presencia de al menos un operador lógico. La afirmación correcta, desde el punto de vista lógico, sería: (*esto es un vaso*) *sí*. El *sí* está siempre sobreentendido en la conversación ordinaria, aunque haya costado mucho tiempo darnos cuenta de ello. Sólo un ser libre en sentido positivo es capaz de crear un lenguaje con palabras materiales, en cuanto signos de la realidad, y además con palabras formales, del tipo *sí* o *no*. Entonces puede pensar, empezando por afirmar o negar, puede decir la verdad o la mentira, usar el primero de los operadores formales. Y en consecuencia puede hablar y ser entendido, escribir y leer, escuchar y transmitir su pensamiento.

El ejemplo del perrito no sirve sólo para enfatizar la libertad positiva como independencia frente al mundo de la naturaleza causal, sino también para ver que *libertad positiva* y *valores* se reclaman mutuamente. El valor que aparece por el hecho mismo de que un ente libre maneje el negador lógico es el Valor de la Verdad. Al decir *esto es un vaso*, realizo ese valor si en la mano tengo un vaso, y lo violo si tengo un tenedor. Toda libertad positiva tiene delante un arco de valores, y todo valor se propone a una libertad positiva para que lo realice. Por eso llamamos a este mundo superior *de la libertad y los valores*, y definimos la *persona* como *el ente libre (en sentido positivo) que tiene ante sí un arco de valores*.

El hecho de que todos los materialismos pretendan borrar la distinción entre esos dos mundos, el de la naturaleza causal y el de los valores y la libertad, sólo se explica por el hecho de que sus autores y propagadores no caen en la cuenta de que cuando exponen sus teorías materialistas son entendidos por sus oyentes. Da igual ahora que los que escuchan estén de acuerdo o en desacuerdo, pues se trata de algo previo a eso. Los defensores del materialismo no se paran a reflexionar sobre el hecho de la transmisión del pensamiento por medio del lenguaje. Si el materialismo fuera cierto, las palabras serían meras excrecencias de nuestro cuerpo, lo mismo que el sudor o los mocos. Pero no tiene sentido decir *mi sudor tiene razón y el tuyo está equivocado*. Si el materialismo fuera cierto, no habría lenguaje, no tendría sentido acusar a nadie de estar equivocado, ni proclamar verdad alguna. No cabría distinguir entre la frase *el materialismo es verdadero* y la frase *el materialismo es falso*.

La actividad económica se sitúa en el mundo de la naturaleza causal.

Dado que comprar o vender, aceptar o no un puesto de trabajo, iniciar o no una empresa industrial o mercantil, etc. son actos libres, decisiones de nuestra libertad, nuestra primera impresión es que el ámbito de lo económico pertenece por entero al mundo de la libertad y los valores.

Sin embargo, cuando leemos algún libro de *Economía positiva*, en que el adjetivo *positiva* sugiere ese mismo férreo determinismo que domina al perrito, tenemos la impresión de que lo económico cae exclusivamente en el mundo de la naturaleza causal.

Ambas opiniones son falsas por exageradas. Toda actividad humana, y por ende también la económica, pertenece a la vez a ambos mundos. El espíritu no puede actuar sino por medio del cuerpo. Sólo los ángeles tendrían una economía ajena al mundo de la naturaleza causal. El hombre en cambio no puede hacer nada sin la participación

del cuerpo. Así pues, la actividad económica participa a la vez de ambos mundos, y justo por eso aparecen los problemas.

En primer lugar, recordemos que el conocimiento o la información estadística sobre las decisiones pasadas de nuestra libertad, en que se basa la Economía, mínimamente vinculan causalmente nuestras decisiones presentes. Justo por eso las previsiones de la ciencia económica tienen un grado de fiabilidad menor que las previsiones de la física o la biología. Ningún observatorio económico fue capaz de prever el ataque a las torres gemelas de Nueva York y el impacto subsiguiente en la economía mundial. Siempre puede producirse un cambio brusco e inesperado en los comportamientos humanos, que deje bien claro que seguimos siendo libres en sentido positivo, independientes del mundo causal. Pero también seguimos siendo igualmente libres cuando recogemos datos de lo sucedido en el pasado. La observación sistemática de nuestras decisiones pasadas proporciona una enorme información, que puede ser procesada con métodos estocásticos, y descubrir así regularidades estadísticas en la conducta económica de los grupos humanos.

Hasta solemos hablar de *leyes económicas*. Es posible construir curvas de oferta y demanda de los diversos mercados, hacer previsiones sobre precios, planificar estrategias etc., y acertar con un aceptable margen de error. Por tanto, que seamos libres o únicos responsables de nuestros actos es compatible con la existencia de una ciencia económica suficientemente eficaz. Es la inercia natural-causal de nuestro cuerpo, y sobre todo de nuestra psique, lo que lleva a unos comportamientos, si no tan rígidos como en los animales, al menos lo suficientemente estables para hacer predicciones fiables.

En segundo lugar, una vez tomadas las decisiones libres que sean, la actividad económica como tal, en cuanto mera transformación de materias primas en productos manufacturados, y hasta como ejercicio de nuestros músculos y nervios en el trabajo de una oficina, todo eso tiene lugar dentro del mundo de la naturaleza causal. Esto es obvio si se trata de agricultura o de industria, de *bienes* económicos fabricados con nuestras manos. Pero rige también en los *servicios*, aunque el producto que se compra y vende no se separe materialmente de nuestro cuerpo y consista en la misma acción humana, ya sea cortar el pelo o despachar un billete de tren. También aquí se han usado las manos y ha intervenido nuestro cuerpo, y todo eso cae enteramente dentro de la naturaleza causal. Incluso el intelectual, que medita su conferencia antes de ponerse a escribir, hace trabajar las neuronas de su cerebro y siente cansancio tras el prolongado esfuerzo mental.

Toda actividad económica se hace por medio del cuerpo. No sólo está sometida a todas las leyes de la física, la química y la biología, sino también a ciertas leyes económicas, menos conocidas y menos rígidas pero no por eso menos reales, que los economistas del siglo XIX empezaron a sistematizar y bautizaron con el título genérico de *marginalismo*. No fue fácil ese descubrimiento, y sigue siendo difícil explicar esas leyes económicas a los profanos, a pesar de que han sido matematizadas con todo rigor. El momento estelar fue la *teoría del equilibrio general* de Walras, el descubrimiento de que toda la actividad económica, incluida la creación del dinero, puede ser expresada por un sistema de ecuaciones con solución, pues tiene el mismo número de ecuaciones que de incógnitas. Schumpeter comparaba este logro de Walras con el de Newton al proponer la gravitación universal.

No cabe esperar la Justicia de la actividad económica como tal.

La coletilla *como tal* invita a reflexionar sobre el hecho de que, una vez tomadas libremente las decisiones económicas, su realización práctica se hace por medio del cuerpo y dentro del mundo de la naturaleza causal. Podemos decidir producir o no tal cosa. Y consumir o no tal otra cosa. Pero si nos decidimos a producir y consumir, hemos de someternos a las leyes de la oferta y la demanda.

Por lo tanto, no podemos esperar de estas leyes económicas la realización automática de los valores, sino el cumplimiento inexorable de determinismos causales, que nada saben de valores o antivalores. La economía, en la medida en que está inmersa en la naturaleza causal, es ciega a lo axiológico. No es que haya en ella una trampa antivaliosa, la *plusvalía* de que hablaba Marx, sino que sencillamente es ajena a los valores.

Obsérvese la frase que se hizo tan popular entre los socialistas del siglo XIX: *de cada uno según sus capacidades y a cada uno según sus necesidades*. Parece inocua y convincente a primera vista, y sin embargo induce al error. La primera parte *-de cada uno según sus necesidades-* sólo tiene sentido en el mundo de la naturaleza causal, y la segunda parte *-a cada uno según sus necesidades-* sólo es posible llevarla a cabo en el mundo de la libertad y los valores. Pero cuando no se distingue entre ambos planos o mundos, la confusión es inevitable. Y esa confusión no es menos perversa intelectualmente, porque vaya acompañada de una enorme dosis de buena fe o de buen corazón.

¿Por qué las diabólicas leyes de la oferta y la demanda hacen que un tenor excepcional, soltero y además rico por su casa, gane veinte veces más que un tenor mediocre, que no tiene más recursos que su trabajo, y además tiene que mantener a diez hijos? La respuesta es: por dos principios de libertad y dos hechos de la naturaleza causal.

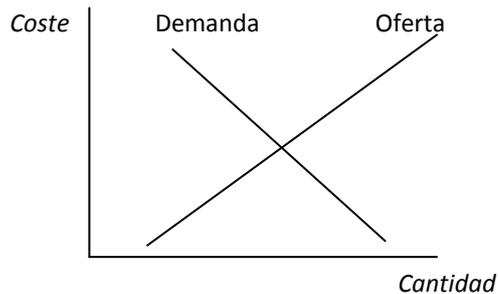
Principio de libertad para la oferta. Cualquiera que crea que puede ganarse la vida cantando ópera, que lo intente.

Principio de libertad para la demanda. Cualquiera que disfrute con la ópera, que vaya a escuchar al tenor que más le guste.

Hecho de la naturaleza para la oferta. De cien tenores, sólo dos o tres son verdaderamente excepcionales.

Hecho de la naturaleza para la demanda. De cien aficionados a la ópera, noventa y cinco prefieren el cantante excepcional al mediocre.

Si se respetan esos dos principios de libertad, pues no hay en ellos nada intrínsecamente perverso, y se aceptan como inevitables los hechos de la naturaleza, llegamos a las conocidas curvas de oferta creciente y demanda decreciente.



¿Por qué estas curvas tienen que ser así y no de otra manera? Razonemos *ad absurdum*. Si la oferta fuera decreciente, cuanto más se produce algo, más barato sería. Bastaría esperar a que saliera gratis. Y si la demanda fuera creciente, cuanto más costase algo, tanto más se compraría. Bastaría elevar los precios para venderlo todo; en vez de rebajas, subidas.

Dicho en forma positiva y usando la noción más amplia de *coste*, que engloba la escasez originaria de buenos tenores, tierras fértiles, bancos de abundante pesca, etc. *Oferta*: cuesta más hacer una comida buena que una mala; y si es muy buena, cuesta más todavía. *Demanda*: a la gente le gusta más una comida buena que una mala; y si es muy buena, le gusta más todavía.

Se puede lamentar que la competitividad en un mercado libre lleve a la quiebra de empresas y a la pérdida de puestos de trabajo. Pero no se puede negar que esa competitividad es la consecuencia obligada del principio de libertad de oferta antes citado. Y por otra parte esa competitividad beneficia a los consumidores.

Pero lo más decisivo es esto. Hay que pagar un amargo precio por no admitir que las leyes de la economía hacen ganar más al tenor excepcional, aunque no necesite dinero, que al mediocre, aunque lo necesite. La caída del muro de Berlín ha supuesto la comprobación experimental más clamorosa de que interferir en los dos principios de libertad -pues los dos hechos de la naturaleza están fuera de nuestro control- lleva inevitablemente a una economía ineficiente, alejada del *optimum*, como dicen los economistas. Los socialistas de todos los tiempos intentan siempre planificar la producción -que el cantante excepcional no cante más de diez óperas al año y se asegure al mediocre cincuenta actuaciones al año- y controlar los precios -que los billetes valgan lo mismo para todos los cantantes-. Interfieren en los dos principios de libertad. Pero el castigo de esa intervención es apartarse del *optimum*.

Violentando los dos principios de libertad se conseguirá sin duda que el cantante mediocre gane tanto o más que el excepcional, pues así lo piden sus respectivas necesidades. Pero se reducirá lo que los economistas llamaban antes *renta nacional* y ahora PIB (producto interior bruto). En nuestro ejemplo se reduce la cantidad de buena música producida. Se conseguirá que la tarta salga automáticamente repartida de acuerdo con la justicia. Pero la tarta será menor en tamaño. A pesar de sus planes quinquenales y su férreo control de los mercados, la economía soviética no pudo competir con la occidental. Fracásó por ineficiente.

La Justicia social se sitúa en el mundo de la libertad y los valores.

Lo que se suele designar como *Justicia Social*, o sea, una igualdad proporcional -geométrica decían los griegos- de bienestar económico para todas las personas, es un ideal que pertenece a ese mundo opuesto a la naturaleza causal y que designamos *mundo de los valores y la libertad*. Preferimos la voz *Suficiencia* para expresar esa exigencia ética de igualdad básica en lo económico. En todo caso la Justicia Social o *Suficiencia* es una tarea axiológica a realizar en ese mundo superior de la libertad y los valores. No podemos esperar que venga automáticamente, como un milagroso regalo que nos hiciera el mundo de la naturaleza causal. No podemos forzar la naturaleza causal a que produzca valores. No podemos alterar la realidad para que se acomode a nuestros deseos.

Este valor ético, y por tanto estrictamente obligatorio, de *Suficiencia* sólo puede llevarse a cabo por la libertad positiva y en el mundo superior de los valores. No cabe esperar de las leyes de la oferta y la demanda que la tarta salga repartida según las necesidades de cada uno. Lo exigido por ese valor es por completo ajeno a lo meramente económico. Pues ahora se trata de transacciones unilaterales, y no bilaterales como en Economía. Ahora hay que quitar sencillamente lo que les sobra a aquellos a quienes ha favorecido la naturaleza causal, o se encuentran en posición ventajosa por el motivo que sea, para dárselo a los más perjudicados o desfavorecidos, también por el motivo que sea. Pues si respetamos la libertad para ofertar y demandar, el PIB ha de resultar por fuerza mal repartido desde el punto de vista ético, aunque correctamente repartido desde el punto de vista económico. Al cantante excepcional, soltero y además rico por su casa, le sobrará dinero, mientras que le faltará al tenor mediocre, sin más capital que su trabajo, casado y cargado de hijos. Sin duda esa situación clama contra el valor de *Suficiencia* y debe corregirse o compensarse. Pero esa corrección hay que hacerla después de haber dejado en paz a las leyes económicas y haber respetado la libertad de producir y consumir.

Distingamos, por tanto, estos dos estadios o momentos.

Primero, la *distribución económica, correcta pero antivaliosa*.

Segundo, la *redistribución axiológica, que compensa la anterior situación*.

Todos debiéramos ser al mismo tiempo agentes económicos y redistribuidores axiológicos. En realidad somos agentes económicos, produciendo y consumiendo a la vez, durante la etapa media de la vida. Los niños y ancianos consumen pero no producen. En cambio somos, o debiéramos ser, redistribuidores axiológicos durante toda nuestra vida; en la etapa media para dar o recibir, y en las etapas inicial y final sólo para recibir.

La prueba de que la redistribución compensadora de que hablamos es verdaderamente *axiológica*, es decir, se sitúa en el mundo de la libertad y los valores, está en que son necesarias para llevarla a cabo actitudes eminentemente éticas, tanto para los que dan como para los que reciben.

Siguiendo con nuestro ejemplo, es necesario que el cantante excepcional no sea egoísta, acepte que lo que ha ganado honradamente pero le sobra, no es propiamente suyo, sino que debe cederlo a los desfavorecidos. Ha de estar dispuesto a quedarse sólo con lo que necesita y desprenderse del resto. No es que haya que suprimir la propiedad privada de los medios de producción o hacer del Estado el único empresario. Lo que ocurre es que lo producido con esos medios de producción o capital hay que someterlo a la redistribución axiológica. Esta exigencia no puede ser vista como un atentado a la propiedad privada o a la iniciativa empresarial, pues está respaldada por un valor ético. El cantante excepcional debería dar lo mejor de sí mismo, no por la codicia de quedarse con todo lo que gana, sino por la satisfacción del trabajo bien hecho. Debería estar orgulloso de contribuir al progreso social con lo mejor que tiene, aunque luego se quede con una mínima parte de lo que ha ganado. Debiera ser generoso y estar contento de serlo. No se le pasaría por la cabeza escapar a un paraíso fiscal, para eludir los impuestos. Esa altura de miras, ese desprendimiento, es la virtud que se espera del favorecido por las circunstancias que sean. Debiera considerar el *Trabajo* como un valor ético que debe ser, independientemente de lo que se gane. No hay que trabajar para ganar dinero, sino porque es en sí mismo algo noble y valioso.

De modo más preciso, el valor de *Suficiencia* es más bajo que el de *Trabajo*. Si no se cumple con lo pedido por la *Suficiencia*, el valor más alto *Trabajo* pierde su valiosidad.

Y es necesario también que los pobres o desfavorecidos no sean orgullosos, que no se sientan humillados por recibir mediante la redistribución axiológica lo que jamás alcanzarían de la mera distribución económica. A veces se oye la frase *que no me den por caridad lo que deben darme en justicia*. La frase suena bien. Pero las palabras *justicia* y *caridad* son peligrosas por polisémicas. La frase resulta inaceptable si por *caridad* se está entendiendo *redistribución axiológica* y por *justicia* se quiere denotar *distribución económica*. Pues esa supuesta justicia no existe. En el mundo de la naturaleza causal no hay justicia alguna. Esta humildad de reconocer las propias limitaciones, este amor a la verdad o aceptar las cosas como son, es la virtud que se pide a los pobres y desfavorecidos. Si se ha trabajado honradamente, aunque lo ganado no llegue para cubrir lo que se necesita, también se ha cumplido con el valor ético del *Trabajo*. No hay que sentir vergüenza entonces por no haber ganado más y tener que recibir.

El Estado de Bienestar.

En nuestros países occidentales hemos sabido llevar a cabo una genuina *redistribución axiológica*, aunque sin darle este nombre. Se han utilizado otros rótulos. Quizá el más aceptado y extendido haya sido *Estado de Bienestar*. Se quiere indicar la existencia de un impuesto progresivo sobre la renta, que sea la base de los ingresos del Estado, y que detraiga de modo eficiente el sobrante a las personas ricas o favorecidas, o lo que parezca excesivo según el valor *Suficiencia*. La Agencia Tributaria Estatal proporciona una masa de dinero suficiente para hacer políticas que favorezcan más a los pobres que a los ricos, como la enseñanza gratuita, el sistema de pensiones, o la sanidad pública al alcance de todos. Además se complementan esas medidas con subvenciones para vivienda, cargas familiares, desempleo, etc., que vayan directa y exclusivamente a paliar necesidades de las capas más desprotegidas de la sociedad.

Si recordamos, por ejemplo, cuáles eran las diferencias sociales en España a mediados del siglo XX y las que se dan al finalizar el siglo, nos damos cuenta que se ha conseguido matar dos pájaros de un tiro. Ha aumentado el PIB, gracias a consignas liberales que han favorecido la libertad de iniciativa de los empresarios y la libertad de precios para ventaja de los consumidores. Y luego se ha compensado la distribución, correcta pero inevitablemente antivaliosa, de las leyes económicas mediante políticas en la línea de las antes indicadas. En una medida aceptable, dentro de las limitaciones humanas, se han liberalizado los mercados, y al mismo tiempo se han corregido las esperables diferencias de renta y nivel de vida ocasionadas inevitablemente por la economía de mercado libre. En términos ortegianos, se ha constituido una vigorosa clase media que hoy día *vertebra* España.

Redistribución axiológica a escala mundial.

La *distribución económica* a que dará lugar la globalización, con la supresión de barreras aduaneras y demás obstáculos al libre comercio por un lado, y la libre iniciativa de las empresas multinacionales por otro, será por tanto correcta desde el punto de vista de la aportación objetiva de los diversos factores productivos, pero injusta o antivaliosa desde el punto de vista ético. La gran ventaja estriba en que la tarta será lo más grande posible. Pero su reparto meramente económico dará lugar a enormes diferencias, pues no otra cosa cabe esperar de los dos principios de libertad y las dos leyes de la naturaleza ya citada, actuando a escala mundial.

En consecuencia, si no se lleva a cabo una *redistribución axiológica*, también a escala mundial, complementaria y simultánea de la globalización económica en curso, lo probable por desgracia es que se repita lo que ocurrió en el siglo XIX en Europa, o sea, la aparición de un nuevo *Lumpenproletariat*, esta vez en forma de enteros países proletarios. ¿Están mentalizados los políticos, los empresarios, los intelectuales, sobre todo en los actuales países desarrollados, para poner en marcha un mecanismo corrector de *redistribución axiológica* a escala mundial? He ahí el problema.

La mentalidad dominante en las Facultades de Economía del mundo occidental es el neo-liberalismo de la Escuela de Chicago, popularizado por su principal mentor, Milton Friedman. La frase mágica es: *con la globalización ganamos todos*. Pero se calla la consecuencia inevitable: *ganan más los países desarrollados que los atrasados y las diferencias son acumulativas*. Las diferencias tenderán a aumentar. Las estadísticas de estos últimos años así lo indican. Y esas diferencias son intolerables incluso en el caso de que el menos favorecido tenga lo suficiente para una vida digna. La avalancha de inmigrantes en USA y en la UE evidencia que la distancia entre pobres y ricos se acentúa en vez de atenuarse. Y no basta que los países pobres aumenten su bienestar en términos absolutos. Es el aumento de la distancia lo que resulta absolutamente intolerable. El valor de *Suficiencia* exige que las diferencias no rebasen ciertos límites, que haya una igualdad proporcional extensiva a todos los humanos.

Así pues, lo pedido por este valor implicaría un sistema mundial de impuestos progresivos sobre la renta, que obtuviera recursos de los países ricos para traspasarlos mediante transacciones unilaterales a los países pobres. Pero una agencia tributaria mundial no existe. No hay nada semejante en la ONU, ni visos siquiera de una opinión pública que pida su instauración, para compensar los efectos esperables de la globalización ya en marcha. La única noticia de algo parecido ha sido la propuesta del Premio Nobel de Economía Tobin de una tasa sobre los flujos financieros mundiales, cuya recaudación se entregaría a los países menos desarrollados.

Pero si descendemos al terreno de la realidad actual, esa redistribución axiológica mundial no tendría que venir sólo de una concertación externa de los casi 200 gobiernos actualmente existentes en el planeta. Habría que superar otro grave inconveniente. Dentro de cada país menos desarrollado y receptor de ayuda tendría que existir también una redistribución axiológica, una búsqueda del Estadio de Bienestar, al menos tan eficiente y consolidada como la de nuestros países occidentales. Lo cual supone normalmente la existencia de sistemas políticos suficientemente democráticos. En la práctica no hay redistribución axiológica adecuada, ni siquiera distribución económica eficiente, sin democracia previa. Donde no hay democracia política suele escasear tanto la mentalidad liberal en lo económico como la sensibilidad para la justicia social. La tarta es pequeña y además muy mal repartida. Por desgracia, la mayoría de los países pobres hoy día no disponen de una clase dirigente con un mínimo de honestidad y profesionalidad. El dinero que reciben -o pudieran recibir- los gobiernos de los países pobres no se emplea para constituir una amplia clase media que vertebrase la sociedad, sino que habitualmente termina en los bolsillos de políticos corruptos.

Tropezamos pues con el valor ético de *Democracia*, que es más bajo y fuerte que la *Suficiencia* y lo condiciona, en el mismo sentido en que antes el valor de *Suficiencia* condicionaba el de *Trabajo*.

Voces sinceras pero no sensatas.

Los tan en boga *movimientos antiglobalización* huelen instintivamente, por así decir, los perniciosos efectos de la actividad económica sin más, del *capitalismo salvaje*, como se ha llamado a una distribución económica no

acompañada del simultáneo y compensatorio Estado de Bienestar. Tienen toda la razón. Su instinto no les engaña. Si no se organiza una agencia tributaria internacional, que gestione una adecuada redistribución benéfica a escala mundial, asistiremos a una nueva edición de los enormes desequilibrios sociales del siglo XIX y buena parte del XX, sólo que con una envergadura y unas consecuencias mucho más amplias y graves. Los 30 millones de muertos de la Revolución Comunista en Rusia serán nada comparado con lo que puede venir. La posible revolución sería también *globalizada*.

Sin embargo, esos movimientos antiglobalización se oponen, pero no proponen. No son más que eso: *anti*. Se agitan en el nivel de los sentimientos ciegos, sin alcanzar el nivel superior de los razonamientos. Imaginan que destruyendo o saqueando las oficinas de algún banco o empresa multinacional se consigue algo. No se les alcanza que está dentro de la capacidad humana la creación de un Estado del Bienestar a escala mundial, lo mismo que se ha conseguido ya dentro de los países más adelantados. Es el apelo a la razón, y no a la ciega violencia, lo que puede solucionar el problema.

Más efectivas son las iniciativas concretas de múltiples ONG y de movimientos de inspiración religiosa, que llevan a cabo un loable trasvase de recursos desde los países ricos a los pobres. También se ha hablado del 0,7 % del PIB, que los gobiernos de los países ricos se comprometerían a enviar gratuitamente a los países pobres. Ni siquiera ese porcentaje ha sido alcanzado en la práctica. También habría que mencionar aquí los diversos Bancos de Desarrollo Regional, con fondos donados por los países ricos, y hasta el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, cuya labor se puede relacionar más o menos con estas transacciones unilaterales a favor del Tercer Mundo. Y por último recordemos los casos, más o menos esporádicos, de condonación de la Deuda externa de países pobres.

Pero se comprende que todos estos trasvases de renta, públicos y privados, hasta ahora en marcha constituyen una cantidad ridículamente pequeña frente a lo que supondría una Agencia Tributaria Mundial y un Estado de Bienestar, que a escala mundial llevase a término algo semejante a lo realizado en España en la segunda mitad del siglo XX. En vez del 0,7 del PIB, habría que pensar en el 40% de la recaudación por IRPF. Así se gravan los tramos más altos de la renta personal en los países ricos, y estamos orgullosos de ello. Por tanto, lo que es bueno en el interior de los países ricos, debiera extenderse a toda la humanidad. Y eso llevaría en torno al 2,1% del PIB, en el caso de España, por ejemplo.

Educación en Valores para la redistribución axiológica.

Hablamos antes del desprendimiento y generosidad que se pide a los individuos ricos o favorecidos. Pero los gobiernos de los países occidentales, cuando hablan de ceder el 0,7% de su PIB, están convencidos de que hacen un inmenso favor, que regalan lo que es suyo, que actúan por mera liberalidad y altruismo y no se les agradece bastante lo que hacen. Mínimamente se les pasa por la cabeza que están cumpliendo una obligación exigida por un valor ético. En la práctica el 0,7% es hoy por hoy un sueño. Los Estados Unidos dan el 0,1% y la Unión Europea el 0,3 %. Lo mismo ocurre si hay una catástrofe en un país pobre y se envían donativos. Se da, desde luego, pero como si se tratase de una generosidad altruista y admirable, que deba ser agradecida, cuando no es más que atenerse a lo exigido por el valor ético de *Suficiencia*.

En resumen, estamos muy lejos de que se haya comprendido el alcance y las consecuencias del valor ético de *Suficiencia*, según el cual las diferencias en bienes económicos entre las personas o entre los colectivos no pueden sobrepasar ciertos límites. Lo mismo que al tenor excepcional se le pedía no considerar suyo todo lo que ha ganado con su honrado trabajo pero también con la colaboración de los demás, un país rico no debería considerar suyo todo el PIB, logrado también con su honrado trabajo pero con la colaboración de los demás.

Para los individuos desfavorecidos que tienen que recibir una compensación pedíamos antes la humildad de aceptar la realidad, no sentirse humillados, pues aceptando lo que necesitan cumplen justamente con el valor ético de *Suficiencia*. Pero ésta es más bien una consideración válida para personas singulares y no para los gobiernos. Como ya se dijo, en la práctica el problema de los países menos desarrollados es que carecen de instituciones políticas adecuadas. El valor de *Democracia* es anterior y previo al de *Suficiencia*. Si no consiguen dentro de ellos mismos un mínimo de honestidad en la clase dirigente, malamente podrán llevar a cabo políticas económicas liberales. Si no hay seguridad de que las ayudas que reciben lleguen realmente a los menesterosos y no se pierdan en la burocracia de gobiernos corruptos, están dando una excusa excelente para que los países ricos no cumplan con su deber.

En resumen, que hay que educar a los países ricos en los valores de *Suficiencia* y de *Trabajo* y en su posición relativa en la escala. Para vencer el egoísmo de esto *es mío y nada más que mío, porque lo he ganado con mi trabajo*, hay que educar a los ricos en la idea de que en la escala de los valores éticos, por debajo del *Trabajo* hay un valor más fuerte y que tiene la precedencia, que es la *Suficiencia*. Falta mucho para que entiendan que, si dan lo que les sobra, no hay que agradecerles nada. Simplemente devuelven lo que no es suyo. Un padre de la Iglesia escribió: *lo que te sobra lo robas*.

Pero también hay que recordar a los países menos desarrollados que la *Democracia* es un valor más bajo y fuerte que la *Suficiencia*. Dentro de los países occidentales se ha llegado a un nivel aceptable de *Suficiencia* gracias a

que antes se cumplió con el requisito previo de un mínimo tolerable de *Democracia*. Ese es el camino que tienen que recorrer los países pobres para hacerse acreedores de la ayuda que reclaman.

Democracia, Suficiencia y Trabajo son tres escalones que hay que subir uno a uno, sin saltarse ninguno. El más bajo es *Democracia* y el más alto *Trabajo*. En medio está justamente el valor ético *Suficiencia*, el que solemos designar con la expresión *Justicia social*.

Conclusión.

La globalización económica, al lograr el óptimo en el aprovechamiento de los recursos mundiales, acabaría beneficiando a toda la humanidad, si fuera acompañada de una efectiva redistribución axiológica. Ojalá que llegar hasta ahí cueste a la humanidad menos revoluciones y guerras que las sufridas en Europa hasta llegar a la actual Unión Europea. Baste esto para comprender que compensar la globalización económica mediante una adecuada redistribución axiológica mundial no es un ideal imposible.

Quizá la dificultad intelectual mayor estribe en que no se sabe distinguir adecuadamente entre el mundo de la naturaleza causal y el mundo de la libertad y los valores. Por eso empezamos hablando del negador lógico. En las tumultuosas manifestaciones antiglobalización siempre se echa de menos una pancarta que diga *¡Viva la Lógica!*